por Mª del Carmen Sánchez Martínez

PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA 2025

PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA 2025

Una publicación oficial de la Real Federación de
Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada

EDITA
Real Federación de Hermandades y
Cofradías de Semana Santa de Granada

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
Luis Eduardo Iáñez García

PORTADA
Pablo Córdoba Salmerón

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA 2025

AÑO JUBILAR DE LA ESPERANZA

por

MARÍA DEL CARMEN SÁNCHEZ MARTÍNEZ

9 de marzo de 2025
Teatro Municipal Isabel la Católica
Granada

«—Señora, *haz'usté* el favor de dejar que los chiquillos se pongan delante, es que no ven al Señor, *¿sab'usté*…? Yo me quedo aquí detrás…

»—Niños, no os mováis de ahí que yo estoy aquí detrás….

»Con esa excusa iba adelantando hasta quedarse ella también en primera fila.»

A mi abuela Nanna, que desde pequeños nos llevó a sus seis nietos por las calles de Granada a vivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús.

Vengo de Santa Ana. Tenía que ser mi primera visita, aunque me habría gustado que no fuera así, porque ellos estuvieran ahí sentados. Pero sé que se han ubicado en el mejor de los palcos. Ese desde el que cada día cuidan de Luis, de Pepe y de mí; de Migue, Lydia y Carmen, y de sus ocho tesoros, Luis Alberto, Esperanza, José Manuel, Carmen, Miguel Ángel, Esperancita, Paula y Marta. ¿Sabes, mamá? Al final me he puesto la mantilla, ¿te gusta el vestido? Papi…, ¿recuerdas cuando le dijiste a mamá en la primera salida de Martes Santo de Luis y mía que nos íbamos a aburrir…? Visionario, visionario, no fuiste… je, je, je.

Os echo de menos y os querré por siempre. Gracias.

GRANADA

Mi pregón es de un lugar, de una ciudad. Granada. Aquí nací y de aquí me siento. No hay luz más limpia, más bonita que la de Granada en Semana Santa. Manuel de Falla dijo de ella que en ninguna parte del mundo suena el paisaje como en Granada. Y es en Granada donde una mano invisible despliega un lienzo donde mostrar la historia de Amor más grande jamás contada. Cada primavera, la ciudad se viste de oro y plata; de morado, negro, blanco y azul; rojo y verde. Las murallas de Granada reflejan la luz del sol que despierta, como un sueño antiguo que nunca se desvanece. Porque cada Domingo de Ramos Granada empieza de nuevo. Salimos a la calle con la sonrisa puesta. Dicen que el Domingo de Ramos, a quien no estrena se le caen las manos. A los cofrades no se nos caen, porque cada Domingo de Ramos estrenamos vida; y esa vida nos da las manos para abrirlas y recibir una nueva Semana Santa.

El aire huele a limpio, los miradores de la ciudad se asoman a las calles del centro. El alma de Granada se revela en un suspiro, y el horizonte se tiñe de tonos sorollescos que el pintor nunca pudo imaginar. La belleza, en Granada, nunca es solo un instante, sino un eterno abrazo entre el cielo y la tierra. Esa es Granada. La que atesora en sus granos una riqueza infinita.

En Semana Santa, Granada se convierte en un laberinto de emociones, donde cada calle cobra vida con el eco de la tradición. Las piedras antiguas, testigos silenciosos de siglos pasados, vibran con el sonido de los tambores, con el murmullo reverente de los devotos, con los ojos asombrados de los foráneos. Al caer la tarde, el aroma a cera y a incienso se mezcla con el frescor de la primavera,

creando un ambiente casi místico. Granada se viste de luto y de esperanza, se convierte en un camino de reflexión, de encuentro con lo sagrado. Y en cada paso, en cada mirada, se siente la historia de un pueblo que guarda con devoción sus tradiciones, un legado que se renueva año tras año. La Semana Santa en Granada no es solo una celebración; es un abrazo entre el pasado y el presente, donde el arte, la fe y la vida se entrelazan en un profundo susurro de espiritualidad.

Granada, tu nombre no es casual.

Decía Federico que «Granada debe conservar para ella y para el viajero su Semana Santa interior; tan interior y tan silenciosa, que yo recuerdo que el aire de la vega entraba, asombrado, por la calle de la Gracia y llegaba sin encontrar ruido ni canto hasta la fuente de la plaza Nueva». Poco queda de esa Semana Santa que describía el poeta, aunque tal vez no esté tan alejada. Porque cada uno llevamos una Semana Santa de silencio, bajo el capillo o el faldón, con la mantilla o el incienso, con el martillo o el tambor…: ese momento en el que nos dejamos llevar por nuestro mundo interior y contemplamos a esa Granada que se abre para mostrar sus granos. Unos granos rojos, frescos, que se deshacen en nuestra boca. Cada calle, cada plaza, cada rincón es un grano que inunda a quienes nos visitan, que nos inundan a nosotros. Es un grano que nos endulza la amargura, los sinsabores.

Cuando llega la Semana Santa a Granada, parece que a Cristo lo han sacado en carne y hueso de las iglesias. Hablamos de Él y de su Madre con una familiaridad llena de ternura, porque nuestra Semana Santa somos nosotros. Eres tú, y tú y tú… La Chana, Almanjáyar o Gran Vía; el Zaidín, el Realejo o el Albaicín; Camino de Ronda, Barrio Fígares, Los Pajaritos, San Antón, la Magdalena… De todos los barrios y en todos los barrios. Porque nosotros somos la Semana Santa de Granada. Quiero que todos os reconozcáis. Mis palabras solo serán el vehículo que narren un amor de Dios a la humanidad y que nosotros transformamos en belleza y tenemos que convertir en amor a las mujeres y los hombres que nos rodean, sin medias tintas, yendo siempre de frente, acompasadamente.

Por todo, gracias, Granada.

SALUTACIÓN

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Granada, estimado colega periodista, don José María.

Excelentísima Señora Alcaldesa de Granada, querida Marifrán. Cuántos minutos estamos compartiendo en estos meses por razón de nuestras respectivas obligaciones; cómo me alegro de ello y cómo, en este tiempo, he recordado más de una vez que yo estuve en la rueda de prensa en la que anunciaste que la Semana Santa iba a ser reconocida como Fiesta de Interés Turístico Internacional…; y mira ahora dónde nos encontramos las dos…

Excelentísima Señora Consejera de Fomento y Articulación del Territorio, querida Rocío. También tengo el enorme gusto de compartir tiempo de trabajo contigo, y encuentros agradables en la calle Pan.

Excelentísimo Señor Presidente de la Diputación, Francis Rodríguez.

Excelentísimo Señor Delegado del Gobierno de la Junta de Andalucía, querido Antonio Granados.

Excelentísimo Señor Subdelegado del Gobierno de España, mi querido José Antonio Montilla.

Excelentísimos concejalas y concejales del Ayuntamiento de Granada. Vuestras preguntas, ánimos y abrazos estos meses han sido un empujón diario. Agradecida por siempre.

Excelentísimo Señor Teniente General Jefe del MADOC, José Manuel de la Esperanza, qué bonito apellido tiene.

Señor Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, querido Amando Ortiz, gracias por darme la oportunidad de vivir estos hermosos momentos

Señor Consiliario, mi querido José Gabriel, que Dios siempre te guarde.

Miembros de la Junta de Gobierno de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, hermanos mayores y miembros de sus juntas de gobierno.

Miguel Ángel, Migue… pasamos de ser hermanos de hermandad a compañeros de vida y ella nos ha dado lo mejor, dos soles que iluminan cada paso que damos, Esperanza y Miguel Ángel. Gracias a los tres por vuestra comprensión, por ser y estar. Yo no sería quien soy ahora sin vosotros.

Familia querida, qué cerca os siento siempre.

Amigos y amigas, gracias por vuestra compañía.

Compañeros y colegas de trabajo, sois luz en la ciudad.

Queridos pregoneros y queridas pregoneras de la Semana Santa de Granada. Qué bonito es formar parte de vuestro grupo.

Queridos espectadores y oyentes que, gracias a la labor de los medios de comunicación de Granada, podéis compartir esta mañana conmigo.

Queridas y queridos cofrades de Granada, bienvenidos todos.

El encargo de un texto siempre es una responsabilidad. Expresar todo lo que te bulle en el interior no es fácil si quieres que llegue a todos y que todos lo entiendan como tú lo has querido expresar. Por eso, la cita con Armando fue un estallido de emociones. Un sí, pero por qué yo; un no voy a saber, pero me han elegido, sí; un… ay, Dios y un ay, Dios…

Si yo no soy pregonera; si yo solo hago lo que sé; si yo solo siento mi trabajo, yo solo miro y transcribo, si los pregoneros sois vosotros, si yo veo lo mismo que veis vosotros y lo escribo, y lo cuento… Si…

Y aquí me tenéis. «Lo vas a explicar muy bien», me habéis ido diciendo todo este tiempo. No, no hay nada que explicar. Porque la Semana Santa no se explica, no es racional, no está en la cabeza, sino en el corazón. La Semana Santa es compartir, convivir, sentir. Después de meses de teclado, encuentros con vosotros, acogidas, cultos, trabajo…, aquí me presento con una sola intención: que mi Semana Santa sea la vuestra, que vuestra Semana Santa la lleve a todos. Os pido que me acompañéis esta mañana como ya lo lleváis haciendo desde hace tantos años, en las calles, en los templos, en nuestras casas de hermandad, en los bares, en las salas de exposiciones, en… en todos aquellos lugares donde la vida cofrade se transforma en vida de hermanos. Así me presento y así os agradezco todo.

LA FE

> «A la historia de los hechos tendrá que suceder la historia de las esperanzas, la verdadera historia humana. La unidad de una cultura proviene del sistema de esperanzas que en ella se dibuja». De la filósofa andaluza María Zambrano.

La Semana Santa es la historia de unos hechos. Hechos y esperanzas. Hay tantas semanas santas como cofrades granadinos. La liturgia de la Semana Santa es también la liturgia de una Granada que no quiere ser autómata. Renovar cada año el sentimiento cofrade es una afirmación vital de que somos y estamos, de que hacemos y decimos aquello en lo que creemos. Con nuestra distinta y múltiple forma de ser cada uno, cada una, como esa granada que somos y nos une.

El distintivo de cada hermandad son sus medallas, con sus diferentes emblemas, colores, escudos… Os pido que hagáis un ejercicio de memoria o, si no habéis estado nunca en El Rincón del Cofrade, lo hagáis de imaginación. En una de las paredes del salón del bar hay un gran cuadro con todas las medallas de las hermandades de Granada. Muchas de ellas han ido cambiando a lo largo de los años de existencia de las cofradías, y allí están todas: las antiguas, las que ya no valen, las extraordinarias de coronación, de otros pueblos… Todas están colocadas sin ningún orden, en un bello caos que ofrece una imagen de unidad excepcional. Porque esas medallas entrelazadas tejen una red de fe. Cada uno de nosotros, al portar nuestra medalla, nos convertimos en parte viva de un camino compartido, de un mismo fervor. Este gesto simbólico que repetimos año tras año

nos recuerda que, aunque nuestras túnicas sean diferentes, el sentimiento es el mismo: la devoción, el amor por nuestras imágenes sagradas, y el compromiso con la fe y la tradición. El brillo de la medalla refleja la luz de nuestra misión común: acompañar a Cristo en su Pasión, Muerte y Resurrección, y a la Virgen en sus misterios. Cada cofradía, con su medalla, aporta una nota única a un gran himno de fe que entonamos juntos. Somos diferentes acordes, pero el mismo canto. Las advocaciones de la Virgen o de Jesucristo son diversas, pero su bendición y protección recaen sobre todos por igual. Nuestras medallas son, al mismo tiempo, lazos visibles e invisibles que nos recuerdan que somos una sola familia de cofrades, de esa única hermandad que es la Iglesia, como nos recuerda José Gabriel.

Pero al final, la medalla de cada cofrade no es solo un distintivo individual. Es el eco de una herencia común, una señal de que, aunque nuestras hermandades se distingan por pequeños detalles, el corazón que late tras cada una de esas medallas es el mismo: un corazón de fe, esperanza y caridad. Y eso es lo que pública y verdaderamente nos une.

Pero nuestras medallas no son un adorno, son para llevarlas en nuestros actos religiosos. Por eso no las entiendo en un salón de actos, en la presentación de un cartel o en una rueda de prensa. No las entiendo en las calles, en un ejercicio de «orgullo de hermandad», el día de la salida, si no vamos a acompañar a nuestros hermanos en el cortejo, sea por el motivo que sea. Cuidemos los detalles y no los desvirtuemos. Que ser cofrade es más, mucho más que lucir la medalla: es evangelizar con ella.

INICIO

Dejad que los niños se acerquen a mí

La calle San Antón me recibe con incienso. Es una mañana del mes de septiembre, cuando la rutina vuelve a hacerse dueña de la ciudad. Ya se me ha hecho el precioso encargo de este pregón, pero no he querido aún darme cuenta de que es verdad. Y, como una bofetada, el incienso se cuela en el coche cuando voy camino a hacer una cobertura, y mi cabeza me lleva a esa misma mañana. Esperanza y Miguel Ángel se han levantado temprano para comenzar su rutina escolar. Nuestros hijos, una niña y un niño que de la mano nos llevan a ver la vida de otra manera. Sus ojos de ilusión ante cada reto, también de incertidumbre por el desconocimiento de lo nuevo que puede venir, nos impulsa. Y es entonces, en ese instante preciso, cuando me siento pregonera. Es entonces cuando me veo como una niña, tímida, asustada, pero tremendamente ilusionada ante el objetivo de esta mañana. Porque, si Jesús pidió que los niños se acercaran a Él, yo me quiero hacer de nuevo esa niña y acercarme a Jesús.

Es otra mañana de nervios, incertidumbres e ilusión la que nos abre la Semana Santa. Porque nuestra semana cofrade no empieza en San Andrés en la tarde del Domingo de Ramos. Ha empezado bien temprano, en una casa de cualquier barrio de Granada. Como si de una mañana de Reyes se tratara, los nervios han impedido que los más pequeños de la casa duerman hasta tarde. La ciudad se ha despertado con un aire de renovada alegría, y son los niños quienes, como pequeños destellos de vida, llevan el ritmo de esta primera jornada de la Semana Santa. Todos nos

fijamos en la Hermandad de la Borriquilla, porque su entusiasmo inunda las calles. Pero da igual el color de la túnica. Vestidos de hebreos, con túnicas claras o de roquete, muchos aún con manos diminutas, acompañan a Jesús. Sus voces, cristalinas como el agua de los ríos, resuenan al unísono con el eco de las palmas que ondean sobre sus cabezas, como banderas de esperanza. O se mezclan con los sones de las campanas. En los corralitos que con mimo cuidan y vigilan los encargados del tramo infantil —general y mayoritariamente mujeres—, ofrecen sonrisas tímidas al paso de la procesión. Y los que están en las aceras, con sus ojos brillantes como el alba en las montañas de Sierra Nevada, observan con asombro las procesiones que serpentean como ríos de fe.

Y con una niña y un niño de la mano, nos acercamos a la calle Elvira. Aunque esa jornada luminosa de Domingo de Ramos la hemos empezado en plaza Nueva. Vestidos con nuestros mejores trajes, pero pensando en que hay que ir cómodos, que la jornada se nos va a alargar. Puede hacer frío, puede hacer calor…; a lo que no tenemos hoy que temer es a la lluvia. El cielo sonríe como lo hacemos todos los que nos encontramos por la calle. Gente con palmas o con ramos de olivo. Algunos sin nada, pero trajeados. Turistas que preguntan… Qué bonito es el Domingo de Ramos.

Elvira revive esos días de gloria en los que era la calle principal de Granada. Hoy es una vía incómoda, con demasiado tráfico y poco lugar para los peatones; con un pavimento que no ayuda a caminar, especialmente si se te ocurre llevar tacones. Tal vez algunos fondos europeos puedan ayudar a recuperarla… ¡Ay!, que me despisto…

Calle Elvira, bullicio; y esa sensación de que todo es lo mismo, pero todo se estrena. Porque estrenamos sonrisa, porque estrenamos el inicio de una historia de la que, aunque el final sea conocido, todo nos resulta nuevo, sugerente, inspirador. También es una historia que vivimos con alegría, precisamente porque sabemos que al final triunfa la Vida. Por eso, son los niños los que empiezan la Semana Santa. Decía antes que nos encaminábamos a la calle Elvira llevando de la mano a una niña y un niño…; no, son ellos los que nos llevan a nosotros. Son ellos los que nos guían, con la ansiedad de llegar, de coger buen sitio, de abrir mucho los ojos para no perder detalle. Ya suenan los tambores, ya se abre paso la comitiva de la hermandad de la Alhambra, fiel depositaria, durante unos días, de la llave que abre nuestros mejores días.

Toc, toc, toc… ¡Shhhh, shhh…! «¿Quién es…? La Muy Antigua…».

Qué bullicio, qué clamor. Aplausos, gritos…, todo empieza. El tiempo se detiene. Nada de lo que pasa a nuestro alrededor nos importa, porque solo tenemos ojos para lo que está pasando en ese minúsculo espacio de la ciudad, que de repente parece que es inmensamente grande. No, no lo parece, lo es. Porque ahí está Jesús, el Rey de Reyes; con Él, con sus niños y niñas, empezará todo; con padres y madres que sonreirán, llorarán, recordarán…; con quienes allí estaremos confluyendo en un solo ser. El ser cofrade que cada Domingo de Ramos renacerá, revivirá, respirará primavera para que le digamos a Granada que la gloria está en nuestras calles, que Dios nos ha llamado para que contemos una historia que nos hace protagonistas. Que nuestro papel es el de narradores del Amor. Un amor sacramentado y evangelizador que se nos ha dado y que no podemos guardarnos.

Aquí me postro ante vosotros, contemplando vuestros rostros llenos de ternura, recordando aquella tarde de octubre en la que imploramos PAZ, con la confianza de unos hijos en su Madre, sabiendo que tu manto nos envuelve en un abrazo de amor maternal. Así empieza nuestra Semana Santa.

Esta mujer que hoy se planta ante vosotros, con la esperanza de saber compartir lo que guarda en su corazón (corazón verde, bien lo sabéis), tiene su origen cofrade en la colina roja. Mi familia materna estaba muy vinculada a la Cofradía de Santa María de la Alhambra. Porque en casa de mis abuelos no se decía «La Alhambra», no, era «Santa María de la Alhambra». En sus filas de nazarenos mi abuelo Pepe salió durante muchos años. Mi madre y mi tía llevaron con orgullo la mantilla acompañando a ese prodigio de belleza que es la Señora de la Alhambra. En el templo alhambreño se casaron mis padres. Nada más nacer, mi abuelo me hizo hermana y recuerdo con cariño cuando, cada mes, el timbre de casa sonaba y era el cobrador de la cofradía (así se presentaba). Algunos años yo también acompañé a Santa María de la Alhambra en su camino hacia Granada, mientras, como ahora sigue pasando, sonaba la campana de la Torre de la Vela reclamando su regreso. La cara de mi abuelo al verme aparecer no podía ocultar su orgullo. Por eso, el cariño hacia la Cofradía de Santa María de la Alhambra es infinito. Todos tenemos ese amor hacia alguna hermandad de la que no somos parte, pero no nos imaginamos sin ir a verla, sin disfrutarla en cada momento. Eso me pasa cuando La Alhambra desciende desde el rojo esplendor de la fortaleza mora hasta el corazón mismo del alma granadina, cuando baja la Cuesta de Gomérez y el Generalife, desde su balcón de flores, observa la escena como un testigo antiguo de la fe que nunca muere. Que no me imagino en ningún otro lugar del mundo más que mirando a la cara de la Madre, queriendo tomar su mano, esa mano que parece que no quiere rozar la de su Hijo, en un deseo de no notar que está muerto.

Y si eso lo vivo el Sábado Santo, no puedo tampoco sustraer las lágrimas que me llenan cuando el Viernes Santo La Soledad pasa por la calle Santa Paula. Cuántos años asomada al balcón de mis abuelos, con mis primos, viendo pasar un cortejo que siempre quiere renovarse y siempre guarda su aire granadino. La tarde del Viernes Santo en Granada se despide con un resplandor dorado que acaricia los muros centenarios del monasterio de San Jerónimo. Desde la penumbra sagrada emerge el Cristo, su piel de madera parece aún latir con el eco del sacrificio. Y tras Él, Ella. Me contaba mi abuela que su manto lo bordó una monja que con la última puntada, perdió la vista. No sé si sería verdad o una de esas historias de mayores que impresionan tanto a los pequeños, pero lo que sí sé es que esa monja y sus hermanas de claustro tenían la suerte de ver cada día ese rostro de belleza serena y dolor contenido, reflejo mismo de la Madre que ha perdido a su Hijo, de la mujer que llora con entereza. Por eso, el Viernes Santo acudimos a verla. Porque queremos consolarla, porque queremos que su nombre no se haga realidad y no esté sola. Delante de Ella dejaremos que nuestra oración palpite en el pecho, acompañada de esos sonidos únicos de las chías. Cien años de hermandad en el barrio del Boquerón. Cien años de devoción mariana. Que no se apague esa fe y viva otros cien años más, y quienes nos sucedan celebren vialucis por sus calles y oren en su claustro y compartan con sus hermanos la certeza de su eterna compañía.

LAS ESTATUAS

Granada está llena de estatuas. A veces no las vemos, pero están. Y ellas sí nos ven. Algunas llevan años acompañándonos, nos conocen desde pequeños, saben de nosotros; otras han llegado hace poco.

El otro día hablé con Mariana Pineda. Lleva años viendo cómo llegamos a su plaza. En su bandera bordó el amor más grande de su vida, la libertad. Esa libertad que los cristianos conseguimos con la verdad. Libertad y verdad se unen en una hermandad que lleva en su origen la libertad del cautivo. Rescate.

Jesús del Rescate, símbolo de amor y misericordia infinita. Durante años fuiste mi vecino. Me asomaba al ventanal de la redacción y allí estabas. Compartí contigo el crecimiento de Esperanza, el embarazo de Miguel Ángel, pero también momentos de tristeza. A ti acudí aquella mañana del mes de diciembre cuando me comunicaban que las circunstancias económicas obligaban a mi despido. Y contigo viví la tarde gloriosa de un mes de octubre, cuando tu Madre y Tú, con unos juveniles trescientos años, os encontrasteis en un momento de sublime belleza. Bendito sea el genio de aquel artista que, inspirado por la gracia divina, esculpió en ti la esencia misma de la compasión y la redención. Qué más me da a mí si eres de Diego o de José; qué me importa si tienes la melena de pelo o tallada; por qué voy a fijarme en la túnica que llevas cada año. No…; eso no tiene la menor importancia cuando de hablarte se trata. Cuando de saber que me escuchas estoy hablando. No puede haber un Lunes Santo más completo en el mundo que el de Granada. Porque aquí Mariana Pineda se quedará mirando a ese hombre, Jesús

del Rescate, que a los cautivos das libertad. En tus manos atadas encontramos consuelo y en tu mirada una paz que solo tu amor divino puede dar.

Y Marianita no pierde detalle. Cuando te ha visto llegar todavía estaba admirada del paso de una hermandad de barrio, que sabe que el Trabajo dignifica y da libertad. Las túnicas con capas, las filas de camareras… Ay, cuánto hemos aprendido los cofrades de rancio abolengo de la hermandad zaidiniera. El crecimiento en hermanos, la puesta en la calle y el fervor. A Mariana le han contado lo que ha pasado en la calle Polinario y ha jurado que el año que viene no se lo perderá. Porque un gorrión zaidinero se ha posado en su mano y le ha explicado que a las cuatro de la tarde la vida cambia. Los ojos no tienen más que un punto en el que fijarse: la puerta de la parroquia del Corpus Christi, la que abrigó en sus inicios a las buenas gentes que poblaron una zona de expansión de la ciudad para darle vida cristiana y que, con el paso de los años, sigue siendo espacio de encuentro, de fe, de oración, de solidaridad, de abrazo y de ayuda; y por ello su hermandad nos llama cada Lunes Santo a estar allí. La inmensa nave del templo se empequeñece año tras año, porque allí siguen entrando corazones que claman por un trabajo, un empleo que les dé una vida. Y mientras en el interior ya no sabemos cómo colocarnos para que todos podamos entrar, en la calle Polinario la impaciencia por verlos se acentúa. El gorrión se lo quiere explicar a Marianita, le quiere decir que hombres y mujeres, jóvenes, mayores, sanos, enfermos, altos, bajos…, todos estamos allí esperando. Porque la salida del Cristo del Trabajo en Granada no es solo un acto religioso; es una experiencia profundamente humana que conecta el esfuerzo cotidiano con la espiritualidad. Es el recordatorio de que el trabajo y la fe son caminos que nos llevan a trascender nuestras propias limitaciones y que, unidos, nos permiten construir un mundo más justo y solidario. Este Cristo no solo representa el sacrificio divino, sino también el esfuerzo diario de quienes, con sus manos y su voluntad, construyen el mundo. Es el reflejo de los obreros, los soñadores y los luchadores que en Él encuentran Consuelo y Luz. Cuando los sones de las bandas empiecen a resonar en la calle Polinario, no faltará un rincón del barrio que no se postre ante Ellos. El gorrión le ha dicho a Mariana que se tiene que aprender una marcha para el año que viene, porque, si quiere estar acompañando al Cristo del Trabajo, detrás llegará su Madre, nuestra Madre de la Luz, que será coronada porque el único requisito que hay que cumplir para serlo es ser querida por su gente, y eso lo es con creces. Y ahí, en Polinario, una sola voz entonará un canto a los sones de *Encarnación Coronada*… Dios te salve María, llena eres de gracia…

Mariana la va tarareando, en un intento de memorizarla…; y sonríe, desde su pedestal sonríe, porque sabe que la va a aprender, que el año que viene será una más en el Zaidín y en mayo de 2028 la verá aparecer camino de la Catedral. El gorrión se despide de ella también, y le cuenta una última cosa. Un secreto de la pregonera y su familia. El Cristo del Trabajo pasa cada año bajo su casa. En los tiempos más oscuros, ellos no perdieron la fe en que ese trabajo iba a llegar. Este año lo saludarán y agradecerán, y también le pedirán por quienes siguen implorando un empleo digno: que les proporcione no solo estabilidad económica, sino también respeto por los derechos fundamentales, como un salario justo, condiciones laborales seguras y acceso a oportunidades de crecimiento. Sí, que encuentren el trabajo que se convierta en un puente hacia una vida plena, que les permita vivir con dignidad y contribuir al bienestar colectivo. La Semana Santa de Granada es solidaridad y los cofrades tenemos que contribuir a que llegue ese momento en que otros también busquen al Cristo del Trabajo y les den las gracias y se unan en la construcción de un mundo más justo y equitativo.

Mientras Marianita espera, me he ido a Santo Domingo y allí me he encontrado con fray Luis, que, esculpido en piedra, parece conversar con el silencio, un silencio lleno de respuestas que solo el alma puede comprender. Está tan ensimismado que no se ha dado cuenta de que el templo que tiene a sus espaldas y que, cabezonamente, no se gira nunca a mirar, tiene vida. Tan tozudo es en no volverse, que ve que cada Domingo de Ramos la plaza se queda pequeña. El misterio de La Cena se va a poner en la calle. Ya llega el olor a incienso desde el interior del templo. El rojo y el blanco (¡ay, mi rojiblanco!) empiezan a ocupar ese camino que no es recto porque el sabio fraile granadino está en medio. Fray Luis, vuélvete, que el paso ya avanza, majestuoso, con un misterio que ya quisieran tener en otras tierras, tallado en una madera que respira vida bajo la mirada de quienes allí están. Cristo, rodeado de sus discípulos, comparte el pan y el vino en un instante sacramental suspendido en la eternidad. No falta un detalle. La hermandad cuida con primor las espigas que adornan el paso, el mantel… Jesús en el centro y, a su alrededor, los doce apóstoles dialogan con movimientos detenidos en el arte, pero llenos de vida en el alma. Juan inclina su cuerpo hacia el Maestro, mientras Judas, con su bolsa de plata, se aparta ligeramente, como si el peso de su traición lo hiciera invisible a los ojos divinos. Y fray Luis no lo mira…

Volveré el Martes Santo y le diré al sabio que no sea así, que tiene otra oportunidad de saber lo que es una hermandad en la calle. Un grupo de hermanos que hasta tres veces llevan el evangelio a quienes observan, desde su fe o desde su curiosidad.

Una cofradía que hace aún más humilde su título al centrarlo en la caña con la que se burlaron de Jesús. Cargado de una serenidad que contrasta con la dureza de las caras de quienes lo rodean, con ese bizco del Realejo que hasta ha dado el salto a las redes sociales, su rostro inclinado es un océano de resignación y amor. Su mirada baja no es derrota, sino la humildad del que acepta su destino con el alma abierta. Y fray Luis no lo mira…

Padre, no sea así…, ¿no está viendo las filas? En ellas hay familias que en los cien años que va a cumplir la hermandad, durante generaciones no se han movido de ahí. Estoy viendo a papá León, con su bondad disimulada en eterno cabreo; estoy viendo a Júnior, qué situación (Júnior, eres uno de mis recuerdos en mis primeras estaciones de penitencia como camarera de la Esperanza, cuando esperabais pacientemente en Jesús y María a que bajáramos San Matías, y ahí estabas tú, con tu cruz de guía); estoy viendo a Kakín: Fuerza y Esperanza, amigo, que la *chicotá* es dura, pero de eso Marpi y tú sabéis un rato, y no sois de los que os colgáis del palo; y estoy viendo a Inma la niña siempre sonriendo; y estoy viendo a Angu con esa bonita familia que ha creado. Joaquinito, con su cara de sorpresa e ilusión cuando supo que era yo la pregonera, y Andrés, que no puede ser más cofrade y que con su media lengua de casi bebé puso uno de los nombres más bonitos a su devoción del Campo del Príncipe, Maricordia (María y Corazón unidas en una misma palabra). Los nombro a ellos, pero sabéis que nombro a cualquiera de los que estáis aquí sentados. Los que llegasteis con vuestros padres, los que habéis llevado a vuestros hijos, los que compartís con vuestros amigos. Esos que no os movéis de vuestra hermandad, por mucho que la junta de gobierno no acierte, por mucho que el consiliario ponga las cosas difíciles, por mucho que quienes eran vuestros amigos de trabajadera se hayan tornado en enemigos de acera… Los que sentimos a nuestra hermandad somos y estamos. Permanecer no es una tarea sencilla; es un compromiso que habla de corazones fuertes y almas responsables. A los que permanecéis, gracias. Gracias por no abandonar cuando el camino se hace cuesta arriba. Gracias por ser raíces profundas que sostienen. Permanecer no es resignación, es una declaración de amor, de fe. Es seguir construyendo nuestras cofradías. Es apostar por lo que importa, por lo que vale, por lo que duele y por lo que sana. A vosotros, los que permanecéis, gracias, porque en cada decisión de quedarse, se teje la esperanza de una hermandad mejor, de una Semana Santa mejor.

…Y fray Luis no mira… Le quiero dar otra oportunidad… Nuestra iglesia de Santo Domingo volverá a abrirse el Miércoles Santo, y ahí vamos a estar.

Aprovechando el practicable de la tele que habrán colocado mis compañeros, nos subiremos junto a él, y le vamos a decir que se gire. Que la tropa marinera más mariana de Granada empieza su recorrido. Que, durante el camino, el tintineo de los rosarios nos hará inclinarnos ante María, para invocar esa letanía de piropos que se queda corta para piropear a la mejor de las mujeres, Ella, que es Madre del Creador; Ella, que es Vaso de insigne devoción; Ella, que es Torre de marfil; Ella, que es Reina de las vírgenes; Ella, que es Reina del Santo Rosario. Ella, que con su andar elegante nos dice que lo miremos a Él, que se ha caído tres veces, que sus rodillas están desolladas por las piedras de un camino que lo baja del Albaicín al Realejo cada año en un tránsito de devoción y oración. Jesús cae por primera vez y nos recuerda que nuestra soberbia nos hace creer que nos bastamos, que no necesitamos la mano de quien está a nuestro lado; Jesús cae por segunda vez y nos dice que, cuando anteponemos nuestro cansancio a las obligaciones, dejamos de lado a quien nos necesita; Jesús cae por tercera vez y nos evoca esos momentos en los que no nos fijamos en que somos parte de la Iglesia, que ser cofrade es vivir de una manera comprometida nuestra fe, mano con mano, con nuestros hermanos y con quienes nos guían.

Y fray Luis no mira. No ve que sus tres hermandades atraviesan corazones, dejando tras de sí un sendero de fe. Y fray Luis se lo habrá perdido.

Los ecos de Santo Domingo llegan a la Inmaculada del Triunfo, que se los cuenta a San Juan de Dios… San Juan de Dios, eres el eterno vocal de Caridad. Sensible, humano, cristiano y social. Tú saliste al encuentro de los necesitados y los acogiste sin poner condiciones para su asistencia. Por eso, nuestras hermandades te tenemos a ti como ejemplo. En la señorial avenida de la Constitución está tu estatua, para recordarnos que nadie es más que nadie. Allí, junto al otro santo de los pobres de Granada, fray Leopoldo, contempláis el tránsito de la hermandad ferroviaria. Buena Muerte, Amor y Trabajo son las advocaciones bajo las que se reúnen tus hermanos. Para san Juan de Dios, como para todos los cristianos, la muerte no era el final, sino un paso hacia la plenitud del amor divino. Esa Buena Muerte que recorre amplias avenidas hasta llegar a las puertas del templo del santo; y allí la hermandad afirma que el amor no se queda en palabras, sino que se traduce en obras concretas que transforman vidas. María, con su nombre de Amor y Trabajo, me llevó una tarde de octubre, cuando apenas si había asimilado todo lo que se me venía encima, a un barrio de Granada que, sin tener título de muy cofrade, me hizo comprender que la Semana Santa es unión, compromiso,

entusiasmo. Una calle engalanada con guirnaldas para quien reina al son de los trinos de los más cantores pajaritos. Lágrimas en los ojos de quien contempló a su hermana en la calle después de unos meses de incertidumbre vital. Y ahí supe que nadie nos puede poner la etiqueta de cofrade, porque nadie es más cofrade que nadie. ¡Ole por esos barrios alejados del centro, que también son ciudad, que también son Semana Santa! ¡Ole por esas hermandades que tienen a san Juan de Dios como referencia! ¡Ole por vosotros!

Llevo años vinculada a la comunicación. Pero mis orígenes estudiantiles están en la plaza de la Universidad. Allí Granada guarda la efigie de Carlos V como un testigo silencioso de la historia, y su piedra se mezcla con la eternidad de sus hazañas. No, no voy a contar mis hazañas, que esto se va de hora y no quiero que os aburráis… Pero, cuando escribía el pregón, sí que me transporté a aquellas frías mañanas en las que el emperador me recibía al entrar en la facultad de Derecho. Y… Eso, que entraba, y me buscaba las revueltas para salir pronto. Allí aprendí muchas cosas, aunque os confieso que lo de menos fueron los códigos legales y su interpretación. Mis compañeros, en general, eran poco cofrades, así que, cuando el gusanillo me picaba, terminaba el desayuno un poco antes que el resto y entraba en San Justo y Pastor. Al salir, una congoja me apretaba el corazón. Me paraba ante don Carlos, el alemán, y le decía: «Esto hay que arreglarlo». Su majestad, con su brazo siempre perdido (las novatadas no tienen ninguna gracia), parecía que se encogía de hombros y me decía: «…Y yo qué hago».

Hubieron de pasar años hasta que volví a mirar al emperador, y los dos, con miradas cómplices, sonreímos. Se había arreglado. Los hábitos que cada Miércoles Santo traspasan ahora el dintel del templo universitario saben de rehacerse, pero, sobre todo, saben de hacer hermandad. Por eso, ahora cada Miércoles Santo nos encontramos en la plaza de la Universidad para disfrutar. Ya Jesús de la Meditación cruza el dintel de la Colegiata, caminando entre los pensamientos de cada uno de quienes estamos allí, iluminándonos como un faro en la penumbra. Quienes lo vemos pasar sentimos el peso de nuestros propios miedos desvanecerse, como si su presencia desnudara las sombras para llenarlas de luz. Él nos calma y su Madre es Remedio para nuestras cuitas. Ella, que es Reina y Madre de los Estudiantes. Ella, que vive junto a la facultad de Derecho y fue bendecida un 6 de diciembre, el día que celebramos la ley de leyes, abre su manto para acoger a tantos jóvenes, hombres y mujeres, que se forman, aprenden, investigan; jóvenes de la ciudad o venidos de cualquier parte del mundo que encuentran en los muros de los centros de

nuestra cinco veces centenaria universidad el lugar de crecimiento y de formación para ser mejores. Ojos verdes y siete lágrimas destacan en un rostro que, a pesar de la congoja que refleja, ilumina. Porque Ella llegó para alumbrar a quienes, tras un tiempo en penumbra, agarrados de la mano, avanzaron juntos. Gracias: fuisteis valientes y, llevados del amor a Dios y seguidores del mensaje de Jesús, nos enseñasteis que sois un puente entre la razón y el espíritu, un recordatorio de que el alma también estudia, aprende y encuentra.

Y pensando en estudiar, he llegado al Parque de las Ciencias. En un alarde de originalidad, me he sentado con Albert Einstein a las puertas de nuestro museo científico, referencia en el mundo, para hacerme una foto con él. Y hemos empezado a charlar. Don Alberto me ha contado que cada Martes Santo le llegan los sones lejanos de cornetas y tambores. Le he dicho que cerca de su emplazamiento hay una iglesia, que no tiene un marco incomparable ni grandes riquezas artísticas, pero que tiene una puerta realizada con mimo fruto de la ilusión y la constancia. La puerta de la gloria acabó con años de toldos, incomprensión y desidia, de preocupación por desperfectos, de miedo a una lluvia incontrolada. Esa puerta se abre cada año para que una hermandad nacida en el seno de una parroquia de barrio lleve la fe al centro de Granada. El nobel no me entiende; él no sabe de fe ni de creer en lo que no puede demostrar. Yo le he dicho que tampoco me entero de nada de la relatividad y que no hay nada más relativo que la felicidad, que toma mil formas según los sueños que la alimentan. Y la felicidad de los hermanos de La Lanzada se renueva cada año cuando el Moreno del Zaidín y su bendita Madre de la Caridad aguardan su salida procesional dentro del templo, que la temprana hora de la tarde del Martes Santo no es obstáculo para que la vía de entrada a Granada que es la avenida Fernando de los Ríos esté llena de rostros felices por contemplar ese cortejo, en un instante que será solo uno de los muchos que viva la cofradía. Mi pertenencia a una hermandad del mismo día me impide poder buscarlo en cualquier rincón del recorrido; por eso, poder compartir con ellos, con vosotros, hermanos de Martes Santo, la eucaristía del día de la Inmaculada fue un gusto que llenó mi corazón de felicidad.

Todo eso se lo he contado a Albert (de tanto charlar, hemos tomado confianza y me deja tutearlo) y su innata curiosidad científica le hace preguntarme: «…Y, oye, Mamen… Tú, que este año estás tan al tanto de todo, ¿no podrías hacer que ese cortejo pasara por aquí? Yo no puedo moverme, que me tienen aquí bien aferrado, pero quiero verlo. Quiero compartir esa felicidad que me dices

que ellos viven». En ese momento, mi sonrisa desaparece: «Uy, no, no querido amigo…, mejor ese tema no lo toco. Que ya sé que estaría muy bien llevar estos cortejos a todas las zonas de la ciudad; que sería maravilloso que todos cuantos están o nos visitan pudieran disfrutar de los pasos tranquilamente sentados; que no seré yo la que piense que no vendría bien un mayor espacio para el paso de esas filas de nazarenos y mantillas, de músicos y corralitos… Pero ¿sabes?, ese tema mejor no lo toco, porque igual, probando, probando, alargando, alargando, tú ves a La Lanzada, sí, y la bandera de Granada de la rotonda del Camino de Ronda ondea al viento mientras pasa por debajo el granadino paso del Rescate… Pero, bueno, que no…, que yo mejor dejo esos asuntos para mentes pensantes que de esto saben más…». Y me despedí de Alberto, no sin antes felicitarle, porque continuas investigaciones han demostrado lo acertado de su teoría respecto a la relación espacio-tiempo en algunas hermandades, que parece que los horarios van perfectamente cronometrados hasta que salen por la Puerta del Perdón y entran en un agujero negro, o verde, o rojo, o azul o morado, que las engulle; y lo que era en todos los libros de horarios e itinerarios que a las 23:30h entra paso de Cristo, se convierte en que la puerta del templo se cerrará a partir de la 1:45h.

¡Ay, Semana Santa de Granada…!, que tienes un rincón para todos. Hay un lugar poco conocido pero que guarda mucho significado. Cada Jueves Santo, cuando la mayoría de las atenciones están en el Albaicín, una hermandad colegial se pondrá en las calles. Antes de abandonar su barrio del Zaidín, hará una parada ante un pequeño monumento que rinde homenaje a quienes, en tiempos de guerra, ofrecen su labor buscando la sanación de las heridas: un cuerpo fundado por los Reyes Católicos, tan denostados por unas cosas y pioneros en otras. La Madre de la Salud se detendrá ante la imagen de dos soldados abrazados y que, con el impulso de la fe en el ser humano, saldrán adelante. Esa fe nos llevó a muchos a poder salvar aquellos días infinitos de encierro. Y esa fe hizo que la primera salida de la divina enfermera fuera al Hospital Clínico. Los aplausos de aquellos días desde las ventanas los trasladasteis a otras ventanas, las de quienes no se movieron de ahí para que nosotros pudiéramos seguir soñando con salir. Aquel día os acompañamos y os agradecimos el gesto. Hoy también quiero agradeceros otro gesto que nos hace parar, pensar y…, sí, confirmar que la Semana Santa de Granada tiene un rincón para todos. Y pienso en Nacho y Mari Carmen: no hay acera en la que no os veamos, no hay fila en la que no portéis una vela; y pienso en Gracia, a la que ni el idioma la detiene para estar en cualquiera de nuestros cultos; y pienso sobre todo en Estefan, al que le habéis dado esas responsabilidades que muchas veces no queremos ocupar. Vocalía de diversidad funcional, presentador

de cartel… La Semana Santa es de todos, y no para decirlo con la boca, que eso es fácil, sino para demostrar que somos iguales; que, si Dios no distingue, quiénes somos nosotros para poner etiquetas.

En la Granada de sueños y montañas nació Alonso Cano, artífice de pinceles, mármoles y planos. De su mano brotaron mundos, con luces que susurran plegarias y sombras que entonan silencios. Granada aún guarda su sello, en piedras que murmuran su genio al pasar. Esas piedras se elevan en nuestra catedral, en la fachada cuya puerta cada año se abre para albergar a nuestras hermandades. Y es junto a ese majestuoso lugar donde encontramos una placita, de las más bonitas de Granada que no podía estar presidida más que por el artista, el pintor de lo eterno, el escultor de lo íntimo, el arquitecto de los espacios sagrados. Y él contempla cada año el sencillo palio de una Virgen que lleva en su advocación el mismo nombre de la catedral en la que trabajara el propio Cano.

Jesús Cautivo y María Santísima de la Encarnación me brindaron un íntimo momento una tarde de noviembre. En mi peregrinar como pregonera, para saciarme de vosotros, llegué al monasterio de la Encarnación. Y allí estaba Él. Sencillo, callado, con la mirada baja. Me ofrecía sus manos para que las besara. Y al levantar la mirada, me pareció que me escuchaba y me atreví a pedirle que me liberara del egoísmo, de las mentiras. Su rostro fue un espejo del alma de quien lo contemplaba: en él se reflejaron las penas más hondas, los sueños más humildes. Al alejarme no pude resistirme a mirar a la Madre, la Encarnación que no solo recuerda el milagro del principio, sino que renueva cada día la certeza de que Dios habita entre los hombres. Y con esa paz interior salí y quise que fuera Domingo de Ramos, que pudiera ver moverse el olivo y no dejarte solo.

Isabel y Colón representan el punto donde dos mundos se tocan por primera vez, bajo la luz de Granada, la ciudad de los encuentros históricos. Bajo sus figuras no es difícil que los grupos de amigos se citen para pasar la jornada cofrade. Punto de encuentro donde recibir al Albaicín. Y no…, no voy a evitarlo, porque no me da la gana, y porque se me llena la boca voy a decir que Granada es un marco incomparable. Porque ningún lugar del mundo tiene al Albaicín más que Granada. Porque no hay Semana Santa que nos haga contemplar una Estrella luciendo en el cielo con la Pasión que lo hacen quienes siguieron a Paco Martínez y el grupo de albaicineros que volvieron a subir más alto la Semana de Pasión de Granada, con esa Estrella que ilumina para siempre a sus hijos que creen, viven y legan a los suyos el amor a una Madre que, aun con dolor por ver a su Hijo sufrir bajo

el peso de la cruz, no deja de ser astro luminoso en el trance más oscuro de esa albaicinera a la que múltiples visitas al quirófano pueden quitarle rapidez en el andar, pero nunca esa sonrisa que, como la Estrella, luce más que el sol; porque ningún otro sitio como Concepción de Zafra y su procesión de La Concha es un abrazo de los sentidos, un lienzo de colores que se estampa en las paredes blancas del barrio. La Virgen se viste de pureza, como si cada pétalo de las flores —¡ay, esas flores!— que la acompañan llevasen en sí el perfume de la inocencia; porque solo en Granada se puede recorrer el camino de la cruz con el silencio roto por la oración y por el río de oro que sacia la sed de todos aquellos que hace más de un siglo nos abrieron la puerta a esta bendita manera de vivir nuestra fe. Hermanos de Martes Santo, hermanos del Vía Crucis, contrapunto silencioso al bullicio de plaza Nueva, seguid creciendo, seguid enseñándonos a orar. Ya no me puedo asomar por la ventana de la sacristía de Santa Ana a vuestro paso, que, buscando mejor organización, espero la salida de mi hermandad desde el Colegio de Abogados (gracias a tantas instituciones no religiosas que siempre brindáis vuestra mano para colaborar), y por ello no puedo disfrutar en la lejanía de vuestro paso elegante por la Carrera; pero sé que vuestro trabajo del año se ve reflejado en el tránsito por la ciudad, y eso no es más que una alegría para quienes amamos y respetamos nuestra Semana Santa.

Y ese marco incomparable lo será más el Jueves Santo, cuando vosotros, *auroros*, lleguéis a ese punto de encuentro en el que no quepa nadie más. Llenaréis la calle de una luz que no es del sol, sino de una fe que ilumina con su resplandor cálido y acogedor. Nuestro Albaicín bajará y el alma se refrescará en su paso, como si la mañana misma naciera en cada uno de vosotros. Pero antes de ver tu palio blanco, Aurora (Víctor, con vosotros empezó todo), al Perdón le habréis encendido sus velas, y en cada pabilo de caña, en cada gota que mancha sus tulipas, irá una promesa de vida nueva, una nueva mañana que se llenará de la luz que tanto nos ha faltado. Y a ti no te diré guapa, Aurora, porque eres más que eso. Decirte guapa sería como llamar chispa al sol; lo que irradias no se mide, se siente. Solo eres Aurora, la Madre de Dios que baja de San Miguel a Granada. Y arriba dejas un barrio que quiere volver a serlo, que quiere recuperar la vida con sus vecinos, que quiere que su barrio sea el lugar de encuentro, de compartir, de sentir que siempre fue. Las calles ahora son vitrinas de lo que fueron, postales. Pero nuestras calles son raíz, historia viva, el latido de la ciudad. Devolvamos los barrios a quienes los aman, recuperemos sus esquinas con ligeros pasos, dejemos que las macetas vuelvan a contar historias.

Granada es tan especial que tenemos un puente romano que es del siglo XII o la estatua del moro erigida en honor a un insigne filósofo y lingüista judío. Así que, igual que los de Bilbao nacen donde quieren, nosotros llamamos a las cosas… como nos da la gana. Y ese moro judío que contempla el discurrir de las cofradías cristianas, nos recuerda que Granada somos muchos unidos bajo una misma identidad, la granadina. Con nuestra malafollá (que hasta se asimila por parte de quienes vienen a vivir con nosotros, verdad, ¿don José María?); pero también con la manera en la que recibimos y acogemos. Por eso, los cofrades nos llamamos hermanos, porque compartimos un lazo que no nace de la sangre, sino de alma; porque al cargar el peso del mismo paso, entendemos que la carga es más liviana cuando es compartida. El delito ha debido prescribir ya, por eso lo cuento, pero ese moro judío es tan cofrade cristiano que yo lo he visto con un costal puesto. Tal vez quería meterse bajo la trabajadera de ese Cristo de los Favores que el Viernes Santo se desdobla y se queda de piedra en su Campo, y de madera, retorcido por el dolor de la muerte, avanzando con el trabajo costalero que lleva el pulso firme de la fe con la cadencia lenta de quien carga el peso de todas las súplicas, los lamentos y las esperanzas que laten en el corazón de Granada. En esa esquina de Pavaneras, Yehuda Ibn Tibon se baja de su pedestal y le ofrece agua al fiscal de horas del cortejo, que ya empieza a sentir el calor del capillo; y vuelve a subirse a su lugar para alzar su mano cuando pase el Cristo, como queriendo llamar su atención, para que lo mire. Él también es *greñúo*, hijo de esa Granada de los judíos, y ahora sus herederos lo son también de una devoción que se clava en la sangre y en la memoria.

Y el moro judío del Realejo verá cómo el cortejo se alejará por San Matías, con esa imagen de un palio de espaldas…: ¡y qué palio!, el de María Santísima de la Misericordia. Él la esperará de regreso y su mirada, fija en la imagen que se alza entre las sombras y la cera derretida, la seguirá mientras Ella entra de nuevo en su barrio y en la acera se palpe la emoción callada de quien ha aprendido a rezar sin palabras.

Y en la calle San Matías, el crujir de la madera, el roce del terciopelo, el tintineo de una medalla que choca con el pecho. Todo será latido, todo espera. Porque, al caer la tarde del Miércoles Santo, un murmullo emocionado recorre la multitud. Alguien susurrará un gracias entre labios temblorosos. Alguien más se persignará con manos gastadas por la vida. Todos habrán contemplado esa escena de fe que supone la salida de Jesús de la Paciencia y, cuando su Madre de las Penas entre en el templo imperial, al unísono sus hijos alzarán la voz empujando a los costaleros

alzando el palio a lo más alto. Y con Ella se elevarán al cielo nuestras penas para que sean consoladas.

Cerca de ese punto entonaremos un cántico espiritual, para aferrarnos a la cruz de Jesús sin más advocación que su procedencia, Jesús Nazareno. En su rostro sereno, en sus manos trémulas bajo el peso del madero, se adivina la noche oscura del alma, el tránsito doloroso hacia la luz. Granada, con su duende y su misticismo, se convierte en un cántico vivo. Y, así, diré como San Juan de la Cruz

> Para venir a gustarlo todo,
> no quieras tener gusto en nada.
> Para venir a saberlo todo,
> no quieras saber algo en nada.
> Para venir a poseerlo todo,
> no quieras poseer algo en nada.
> Para venir a serlo todo,
> no quieras ser algo en nada.

Esperanza y Miguel Ángel estudian en los Escolapios. Según la organización del colegio, los alumnos de infantil salen por la puerta del hotel, junto a la iglesia de San José de Calasanz, por lo que durante seis años pasé algún que otro rato esperando su salida de clase. Allí los escuchaba contarme sus primeras vivencias escolares, o nos llevábamos la mascota de peluche que nos tocaba para que pasara el fin de semana con la familia (a más de unos cultos mensuales de nuestra hermandad han venido, Pi y Pa, Oto o Pupi…). Y al salir…allí estaba él, el madrileño andaluz más cofrade que haya pisado esta tierra. Ese hombre de pluma exquisita que nos invitó a sacar los santos a la calle para que buscaran nuestro sol y la luna alhambreña de la Pascua que enmarcan el paso, los pasos del Señor. Él nos despertó, y lo que ahora vivimos con esta intensidad fue él quien nos lo removió. Él fue el que llevó a la Madre de Dios a Roma, al mismo Vaticano. Sí, Granada lo hizo. Cuando ahora muchos venden su presencia en la Ciudad Eterna como un hito, ya fueron otros los que hace 25 años, movidos por la ilusión, la constancia —y también tal vez, por la inconsciencia—, lograron que Ella se convirtiera, para siempre, en la Madonna. Y todo eso llevó un nombre: el padre Iniesta. Por ese amor al crucificado que detiene el tiempo mientras expira y a la Madre que tiene el Mayor Dolor en su dulce rostro, el padre Iniesta se quedó allí, a las puertas de su colegio en el que a tantos les enseñó el amor a la tierra andaluza y a la forma de vivir la fe bajo un capillo, una trabajadera o una mantilla.

Mi marido me cuenta multitud de vivencias con él y le da pena que nuestros hijos no lo hayan podido conocer. Él fue antecesor en esta preciosa labor de pregonar y, con el cariño que todos los cofrades le tenemos, me atrevo a repetir como él: «Hermanos, los santos, ¡a la calle!».

Y los santos saldrán…; y nos iremos a cantar las Maravillas que Dios hizo en su Madre, cuando la escogió para que fuera bajo palio de cajón, guardando en su pecho esa sentencia que, al cumplirse, nos enseñó el camino de la salvación. Virgen de las Maravillas, haz de cada lágrima un jazmín que perfume el aire

Y los santos saldrán…; y acompañaremos a una Virgen pálida por el dolor, con un palio que no es rojo ni rosa, sino la nostalgia de una tarde que muere en el Albaicín, la última caricia del sol por la Vega.

Y los santos saldrán… entre lluvias de pétalos y cantos raciales, en el mismo centro de una Granada que no tendrá miedo a subir siete cuestas para encontrar el Consuelo Gitano y el amor de una Madre que acoge a sus plantas sacromontanas a gentes de todo el mundo.

Y los santos saldrán…; y elevaremos una oración al cielo azul realejeño, mientras las ramas de un olivo ondearán al igual que las bambalinas de una virgen cuidada por sus monjas que atenúan su amargura entre perolas y rezos.

Y los santos saldrán…; y Granada contemplará a su agustino Protector con la devoción de un pueblo que ha aprendido a rezar en las esquinas de la historia. Y en cada paso de su andar solemne resonará el latido antiguo de una fe que no se cansa.

Y los santos saldrán…; y velaremos el cuerpo inerte de Jesús mirando a los ojos de la mujer que le dio la vida y ahora, en Soledad, aguarda la llegada del Domingo glorioso.

Los santos a la calle para demostrarle al mundo que nuestra fe, como las ideas, no se impone, se comparte, se difunde y se vive en cada esquina, en cada lugar donde dos o más estemos reunidos en el nombre de Jesús.

LOS OFICIOS ARTESANOS

En el corazón de la Semana Santa, donde la fe se transforma en arte y las calles son escenario de una liturgia viva, los oficios artesanos desempeñan un papel esencial. Son manos silenciosas, pacientes y prodigiosas las que dan forma al alma visible de esta tradición: escultores, bordadores, orfebres y tallistas que, con sus creaciones, eternizan la devoción.

Los escultores, guardianes de la expresión sagrada, modelan en madera la humanidad y la divinidad. Los bordadores, con hilos de oro y seda, pintan sobre terciopelos y damascos las historias que iluminan los pasos procesionales. Los orfebres convierten metales preciosos en joyas que veneran lo sagrado. Los tallistas dan vida a los pasos, esas estructuras que son más que simples andas: son altares en movimiento que albergan a Jesús y María para acercarlos a quienes están alejados.

Qué sería de la Semana Santa sin todos ellos…; pero qué sería sin otros artesanos que, sin tanto renombre, hacen que nuestra representación de la Pasión de Cristo sea tomada como un himno a la oración. Los cereros, que, con paciencia infinita, elaboran las velas y cirios que iluminan el camino de las cofradías. O los floristas, que completan el cuadro con un toque efímero pero indispensable. O los pequeños talleres de joyería, que realizan a mano, con meticulosidad y paciencia, un rosario para regalar en una coronación, un broche que recuerde que Jesús es el León de Judá, o que arregle en el último momento unas violeteras para que el palio pueda salir completo.

Y como la Semana Santa es un instante fugaz en la eternidad, un suspiro de incienso y cera que se desliza entre las calles, dejando en el aire el eco de tambores y

oraciones, necesitamos quienes, con mirada sensible y manos prodigiosas, apresen ese instante y lo conviertan en legado. Sois vosotros, los fotógrafos y pintores, artistas de la devoción. El ojo del fotógrafo sabe esperar el momento preciso. No es solo técnica; es emoción, es alma, es el deseo de inmortalizar lo que el corazón siente, pero los labios no alcanzan a describir. El pintor, con su pincel como instrumento de fe, da vida sobre el lienzo a la Pasión que nos redime.

Gracias a todos vosotros por ser también Semana Santa.

SUS PIES

Quienes me conocéis sabéis de mi frase «los pasos a ruedas» (sí, la he dicho en el pregón). Hemos compartido más de una conversación, a veces un tanto airada, sobre ella. Durante las semanas de redacción de este pregón muchos me habéis preguntado si me reafirmaba en ella. No os niego que lo he meditado muchas veces. Tal vez lo que radique en el fondo es una íntima envidia por no poder decir: «Yo soy costalera». Y no porque en Granada no tenga la oportunidad, como mujer —que, en eso, también hemos ido por delante—, sino porque las circunstancias se han dado así…

La Semana Santa es ante todo una celebración religiosa pero, a la vez, trasciende lo religioso, porque lo que abarca es antropológico, y conecta a toda una comunidad con sus raíces espirituales y culturales. En el corazón de ella estáis vosotros y vosotras, costaleros y costaleras, que, bajo el peso de los pasos, os convertís en los pies de Jesús y su Madre. Sois, literalmente, quienes lleváis sobre vosotros la tradición de un pueblo, permitiendo que las imágenes sagradas recorran las calles en un andar que parece sobrenatural. En esos momentos, el costalero desaparece tras el manto de la Virgen o bajo la cruz de Cristo; son anónimos, invisibles en su devoción. Es un acto de entrega y de humildad, una metáfora del cristianismo mismo, donde el sacrificio no busca reconocimiento, sino servir a una causa mayor.

Vuestro papel es encomiable, importante…; pero no imprescindible. En los últimos tiempos ha surgido una paradoja evidente: el papel humilde y silencioso que debería caracterizar a los costaleros está siendo, en algunos casos, eclipsado

por un afán de protagonismo que desvirtúa la esencia de su trabajo. En vuestro nombre hay tertulias, pregones, primeras *levantás*... Pareciera que el espíritu de sacrificio diera paso a una necesidad de reconocimiento personal. Se ven con frecuencia gestos exagerados, poses para la fotografía perfecta, o momentos donde parece que lo que importa no es el peso del paso, sino el peso del aplauso del público.

No me gusta esa costalería que habla de afición, oficio, pelea…; todos formamos y conformamos la hermandad en la calle. Los costaleros formáis parte del cortejo, como yo, como todos.

Sí, los pasos a ruedas…, si no ponemos en el centro a quienes portamos. Los pasos a ruedas…, si esa camaradería que se vive bajo los faldones no la llevamos afuera.

A pesar de esto, sería injusto no alabar vuestra entrega y dedicación: la de quienes os ofrecéis año tras año a esta labor, sin esperar más que ser parte de algo más grande que vosotros mismos. El trabajo de los costaleros es un recordatorio de que en la fe, como en la vida, muchas veces lo más valioso es aquello que se hace desde el anonimato, sin necesidad de aplausos. Porque es en esos momentos de sacrificio silencioso cuando se encuentran los verdaderos valores de la Semana Santa: la devoción, la fe y la entrega desinteresada.

Sí, los pasos a ruedas…; las ruedas de Migue, Luis, Pablo, Pepe, Manolo, Rafa, Carlos. Las de Mónica, Lucía, Jenni; las de Mari, Yoli, Susana. Las ruedas de quienes vivís, compartís, ofrecéis, dais ejemplo. Las ruedas de quienes levantáis cada mañana la persiana de vuestro negocio; acompañáis a nuestros mayores; enseñáis a nuestros pequeños. Las ruedas de los Costaleros Contra el Cáncer; las de quienes desde vuestra oficina o vuestra ventanilla trabajáis por hacer que esta sociedad sea más empática, justa, colaboradora, generosa. Las ruedas de los servidores públicos, de los empresarios, de los obreros, de los artistas. Las ruedas de quienes meten cintura empujan y siempre van de frente. Gracias, costaleros y costaleras. Sed ruedas de amor para el Amor de los Amores y para quien nos lo dio. Sed ruedas de verdad, de mano tendida

Escuchando esa voz del capataz… ¡*Tóóós* por igual valientes…! ¡A esta es!

Y una vez dicho esto…, los pasos a ruedas, nunca más.

NOSOTRAS

Me he puesto la mantilla como una manera de reivindicar lo que a mí no se me ha indicado: que lleve aquello que a los hombres se les marca para este acto, su traje de gala: el chaqué. Por eso yo me he puesto mi traje de gala; el que cada Martes Santo llevo con orgullo para acompañar a la Madre de Dios de la Esperanza. También es mi manera de visualizar nuestra figura en la Semana Santa, no por reducirlo a una imagen de 'figurín', no me malinterpretéis. Porque no podemos negar una gran verdad: que las mujeres en la Semana Santa de Granada podemos ser lo que nos dé la gana. Hemos sido pioneras en mucho…, desde hermanas mayores hasta costaleras y capataces, pasando por vestidoras, músicas, presentadoras de carteles, pregoneras…; y, por supuesto, ocupamos cualquier cargo en las juntas de gobierno de las hermandades. Nos falta presidir la Federación de Cofradías…: alguna me viene ahora a la cabeza que puede serlo en un futuro…

Pero precisamente porque no somos figurines, nos tiene que quedar muy claro que no vamos a lucirnos ni, sobre todo, podemos actuar poniendo en bandeja que digan que vamos a lucirnos. Cuando llega una chica nueva a formar parte de las filas del cuerpo de camareras de cualquier hermandad debemos dejarle claro a lo que viene: a visualizar su fe de otra manera. Pasando frío, doliéndole los pies, siendo objeto de constantes exámenes —vas muy vestida, vas muy descocada, vas cómoda, menudos tacones llevas—; todo es un examen para nosotras, todo. Pero es que en muchas ocasiones no somos conscientes de lo que representamos. Somos esas mujeres a las que les da miedo buscar su sitio; esas mujeres que simplemente quieren salir en una hermandad igual que salieron sus madres o sus abuelas…; pero también somos las mujeres maltratadas que estarán en las aceras

mirando a nuestra Madre y pidiéndole fuerzas para irse del infierno en el que se ha convertido su hogar; esas mujeres que han oído hablar de la Casa de la Esperanza, ese rincón al que llegan las mujeres que son vistas como objetos, como cosas con las que se juega y se pasa el tiempo, y un día nos dirán, bajito, para que nadie más lo escuche: «Gracias, yo fui una niña que salí de mi casa, una niña que vio cómo a mi madre nadie la consideró persona; gracias por darnos la posibilidad de tener no otra vida, sino de tener VIDA». Por ellas, por las que hablan y por las que callan; por las que se acercan y por las que viven con miedo, no vamos a lucirnos; vamos a formar parte de un cortejo en el que solo va nuestro corazón, nuestra fe, nuestro caminar cansado. Con la mantilla que portamos rendimos homenaje a quienes nos precedieron, a esas mujeres que mantuvieron el latir de nuestras cofradías en las calles. Cada una de nosotras que llevamos la mantilla no podemos buscar la vanidad, sino que tenemos que encarnar un acto de devoción pura: el reflejo de un compromiso inquebrantable con la fe y la tradición.

Somos mantillas porque llevarla no es un acto de ostentación, sino una manifestación sincera de nuestro compromiso con aquello que eleva el espíritu. Somos mantillas porque este símbolo no es solo parte de nuestra indumentaria, sino el reflejo de nuestra entrega incondicional a una tradición que nos enseña a vivir la fe en cada gesto, en cada mirada y en cada paso que damos por las calles empedradas (¡ay, ese empedrado granadino…!). Somos mantillas de nuestras hermandades porque nuestra alma resuena con la solemnidad de cada procesión y porque en la sencillez de este gesto se encuentra la grandeza de nuestra fe. Es un honor y una responsabilidad que celebramos con humildad, conscientes de que, al hacerlo, contribuimos a mantener viva la llama de nuestra tradición. Eso es salir de mantilla, y así lo tenemos que vivir.

LOS JÓVENES

Los jóvenes no son el futuro. Ellos son una realidad palpable que nos enseña mucho. Cuando yo empezaba a moverme en el mundo cofrade, había ciertas rencillas entre hermandades… —por supuesto, hablo en pasado, que ahora no…—; bueno, que, cuando yo era joven, para empezar… no existían los grupos jóvenes, aunque los jóvenes, en grupos, colaborábamos en nuestras hermandades. Pero ahora me encanta este movimiento cofrade juvenil siempre dispuesto, siempre abierto, siempre colaborador. Cualquier salida extraordinaria es punto de encuentro de chicos y chicas que han preparado la *petalá*, han engarzado guirnaldas, han preparado reparto de fotos…; oraciones comunitarias en nuestros templos, convivencias, visitas a templos, ensayos de bandas o de costaleros…; y de ahí se van forjando uniones, amistades y amores que amplían la red de fe y vivencias de las que hablaba al principio del pregón, no como un ejercicio de endogamia, sino como un enriquecimiento y una apertura de mente de la que los mayores tenemos que aprender. Porque la juventud cofrade de Granada es el alma vibrante de nuestras hermandades, el motor que impulsa con entusiasmo y devoción la tradición heredada de generaciones pasadas. Son ellos, sois vosotros, los jóvenes cofrades, quienes con vuestra fe inquebrantable, vuestro esfuerzo incansable y vuestro amor por la Semana Santa mantenéis viva la esencia de nuestra religiosidad popular.

Pero escuchadnos también a quienes, por razón de edad, hemos estado antes en el lugar al que ahora estáis llegando vosotros. Escuchad y respetad. Juntos lo haremos mejor. No penséis que ya lo sabéis todo. Porque siempre hay que seguir aprendiendo. Nosotros, de vuestro entusiasmo y vuestras ganas; vosotros, de

nuestra experiencia, que os transmitimos con humildad. Recibidla con la misma humildad y con la gratitud con la que nosotros la recibimos de nuestros mayores. Por todo ello, es justo reconocer y enalteceros a vosotros, jóvenes que, con vuestra entrega desinteresada y vuestro amor a Cristo y a María, hacéis que Granada siga latiendo al ritmo de la fe cofrade.

¡Qué bonitos sois los grupos jóvenes! Seguid aumentando esa red de fe que somos las hermandades. Seguid compartiendo cada momento del día. Con el tiempo estaréis en este atril, o con la vara de hermano mayor de vuestra hermandad. Seguro que ya compartís noches de montaje, limpieza de candelería o ayudáis en el reparto de hábitos. Quedáis para ir a los ensayos, estáis en las listas de espera de las cuadrillas, los días de cultos de vuestras cofradías son la cita inexcusable para veros…

¡Que nunca se apague vuestra luz y que siempre encontréis en vuestras hermandades un hogar para crecer en la fe y en la fraternidad!

LOS ETERNOS

Cada año hay ausencias. Cada Semana Santa nos falta esa persona habitual en la misma esquina, apretando el último tornillo o sentada en su palco. Este año echaremos de menos a Manuel Lirola, al que buscaremos entre el incienso de su Aurora cargado con su cámara; a Ricardo Mañas, hasta el último día pendiente de las cuentas de su hermandad, porque ya los años no le permitían subirse al paso del Gran Poder, mientras los nazarenos comenzaban a salir, para quitar los remates de la cruz; a Miguel Castillo, la Virgen de las Penas más compungida por no verlo en San Matías…

Y los tomateros seguiremos esperando que Paco Toro aparezca en Jesús y María, cuando la Victoria va de recogida, en esa esquina en la que nos gustaba juntarnos para ver cómo la novia del Realejo volvía a Santo Domingo, porque mi Paco era muy de su Virgen del Rosario, pero ese rato de deleite costalero con la elegancia de la señorita no se lo perdía nunca.

Cada año hay ausencias. Vosotros ahora estáis pensando en alguien a quien echaréis de menos…; por ellos, por todos, va este *Requiem*.

QUIENES LO CUENTAN

Hasta la callada habitación de una casa en cualquier calle de Granada llega el sonido de Ganivet. Jorge está dando paso a Fátima. Carlos ya le explica a Jorge cómo entra el paso en carrera oficial. Luisja recibe en el MADOC a su invitado de esta tarde, mientras Encarna acerca el micrófono para recoger las órdenes del capataz. Fernando da paso a Lucía…

Pertenecer a un equipo de comunicación en Semana Santa es ser un privilegiado. Yo he tenido la suerte de serlo desde que Pedro Lara, en Radio Armilla, me dio esa oportunidad. Durante un tiempo compartí micrófono con un pregonero que ya lo ha sido, Cecilio Cabello, y otro que… Alberto Ortega. En papel, en radio o en la televisión, contando lo que ocurre estos días en los que el bullicio está en la calle. Tal vez, mientras hablamos y describimos el nuevo manto de la Virgen, la rocalla del paso de misterio o dejamos que el micro recoja el rachear costalero, no nos fijemos en el bien que hacemos. Esa callada habitación de cualquier calle de Granada va a dejar de ser silenciosa. Una casa, el hospital, una residencia…; ese espacio lleno de soledad, de tristeza, de añoranza, va a revivir la alegría del encuentro, de la palabra. Me vais a permitir que cite a Bosco, a Moreno, a Rober, a Esteban, al Polaco, a David, a Belén, a Carol, a Callejas; a Juan Carlos, a Raquel, Fran, Dani y Jorge (lo estás haciendo bien); a Pedro y su eterna pregunta —«¿Cómo lo llevas?»—. Ellos y ellas son ahora mis compañeros. Ellos son los que han vivido conmigo estos meses de preparativos. Jaime, tú bien sabes cómo fue mi reacción ante la noticia: tú y yo, solos en el coche de camino a una rueda de prensa para contar lo que pasa en la ciudad, fuimos los primeros en saber que yo me iba a convertir en noticia durante un tiempo.

Y mi recuerdo se va a esa ilusión de juventud que me hacía ir cada domingo por la noche, al terminar mi jornada laboral en la extinta Canal 21, hasta Radio Granada. Allí, Jorge Martínez con su equipo hacían radio cofrade. Especialmente, recuerdo a Fernando Díaz de la Guardia, que salía del estudio después de haber hecho su resumen de la jornada deportiva. Ay, Fernando…, quién nos iba a decir que íbamos a terminar compartiendo y llevando a gala uno de los títulos más bonitos que puede tener un cofrade: ser pregonero de su Semana Santa; y a Quique Martínez, hermano verde, y a Juanjo Ibáñez. Mi querido Juanjo, con el que luego tantas horas de información compartimos…; fríos en Peligros, derrotas en Los Cármenes, viajes a Melilla. La de veces que hablábamos de nuestra vocación por contar la vida de la ciudad. La de semanas santas que narramos cada uno desde nuestros diferentes micrófonos, hasta que el tiempo nos llevó por distintos caminos. Y ese tiempo también hizo que fuera un micrófono, esta vez el mismo, el que nos volviera a reunir. Canal Sur, Jesús Reina, os fiasteis de Juanjo cuando os dijo que yo valía para esto. Perdonad mi petulancia, pero… sí, se ve que tenía razón… Gracias inmensas, amigo. La tímida niña que no se atrevía ni a leer las peticiones en las misas parroquiales encontró su rumbo en la comunicación, y tu invitación a formar parte de *El Llamador* le devolvió una alegría perdida que durante trece años he ido renovando cada Cuaresma. Gracias, Tito Ortiz; gracias, Ramón Burgos; gracias, Fernando; gracias Luisja (por cierto…, la de pregoneros y pregoneras que ha dado el canalillo). Gracias, Fátima Ruiz y Aurelio Capa; y, con vosotros, gracias a los directores y directoras de los medios de comunicación granadinos que habéis entendido que la Semana Santa también es información. Que hay que contar lo que pasa, que hay que hacerlo con fidelidad y que se puede opinar sin hacer daño.

Las formas de comunicación ahora se amplían por medio de las redes sociales, que no son medios de comunicación, pero que sí nos cuentan el latir de la Semana Santa. Quién no está en un grupo cofrade al que le llega la primera noticia del nuevo faldón de tal paso, lo que ha pasado en el cabildo de tal hermandad, o comentamos la lista de carteles de todas partes de Andalucía…; esos carteles *horribilis* que nos llegan en mitad de una reunión seria y no podemos sofocar la risa espontánea, o aquellos otros tan maravillosos que nos hubiera encantado firmarlos nosotros.

Queridos compañeros, queridas compañeras, estad orgullosos de vuestro trabajo, seguid informando, opinando y llevando a cada rincón de Granada lo bonita que es nuestra Semana Santa.

LA MÚSICA

La Semana Santa es muchas cosas: fe, cultura, devoción…; pero también es música. Hasta en las hermandades de silencio la hay. Porque música es el rachear de los costaleros, el siseo del público, el sonido del muñidor. Música es el golpe del pertiguero dando órdenes de subir los ciriales. Música es el chisporroteo de las velas. Música de banda, de agrupación, de capilla. Marchas que son para escuchar, más que para trabajarlas —quienes vais bajo el faldón sabéis de qué hablo—. Y música de cornetas y tambores. Ese prodigio de pulmones que elevan el espíritu de quienes contemplan un paso andando de frente. Con ese sonido veo caminar al Hijo del Hombre, despojado de todo, menos del amor. La túnica se desliza de su piel bendita, y en ese instante de humillación y gloria, la Granada devota se quiebra en un suspiro. Ver llegar a Jesús Despojado a su casa de hermandad, un sitio que no alberga escenario artístico pero que es uno de esos momentos que recordar de nuestra Semana Santa. La perfecta armonía entre la escena de Jesús ofreciéndose al pueblo con los sonidos de su banda por *Ave María* hace que se nos revuelva hasta el último rincón de unos corazones que ven cómo se va acabando el primero de los días con los que tanto soñamos. Mientras nos despedimos «hasta mañana», nos iremos con el regusto del último palio que llegó a nuestra Semana Santa, Dulce como su nombre. María, no entres, quédate con tus hijos un ratito más, que se pare el tiempo y, como si despertáramos de un sueño, que vuelva a ser Domingo de Ramos y estemos a las puertas de tu casa de hermandad, para que todo vuelva a comenzar.

GRAN PODER

El Gran Poder de Dios está en todas partes. Fue una noche, recién incorporada al grupo de WhatsApp de los anteriores pregoneros, que se llama El Atril. Uno de ellos se encontraba en Sevilla viendo al Gran Poder de la plaza de San Lorenzo y me mandó saludos desde la puerta de la basílica del Señor de Sevilla. El Gran Poder de Dios está en todas partes, le contesté. Y con esa reflexión, que para los cristianos es mucho más que una frase hecha, medité en la advocación de Jesús ante la que me inclino. Yo lo llamo Gran Poder; tú…, el Señor de la eterna sonrisa…; tú, mi Cristo moreno. Incluso, tú solo le dices Jesús, porque ves al hombre que nos dijo cómo teníamos que tratar a nuestros semejantes. Y en todos está el Gran Poder de Dios.

Y esa noche, mientras hablábamos en el chat de El Atril, evoqué la historia de Jesús del Gran Poder en estos casi treinta años. Su imagen mira con dulzura a quienes se acercan a Él, aunque no siempre encuentra en su camino corazones dispuestos a recibirlo. Gran Poder, a ti te han insultado; Gran Poder, a ti te han vilipendiado; Gran Poder, a ti te han vuelto la cara; Gran Poder, Tú eres el Varón de dolores al que escupen, niegan y llaman cosas que no quiero repetir porque se clavan en el alma.

Pero la verdad no se oculta, ni la gracia se disuelve en la indiferencia. Poco a poco, tu semblante sufriente comenzó a hablar en el silencio. Porque el Gran Poder no busca ser amado por obligación, sino por el fuego del amor sincero. Ayer te ignoraban, hoy tal vez también. Pero Tú, que soportaste la cruz y el desprecio, enséñanos que el verdadero amor es paciente, que la grandeza se revela en la

humildad y que el rechazo del mundo no disminuye la gloria de Dios. Que tu poder, que es esperanza, siga conquistando corazones en Granada. Tú me llamas y no voy a decirte que no, porque eres el Señor y porque el Gran Poder de Dios está en todas partes.

DEL TIEMPO Y OTRAS COSAS

La lluvia también nos ha enseñado a crear otra Semana Santa. Esta última fue difícil, pero no faltaron las risas. Nos supimos encontrar en las larguísimas filas de fieles, turistas y curiosos que accedieron a los templos para acompañar a las hermandades en esos momentos de tristeza, de desilusión… Fue especial porque coincidimos en los bares, esos lugares de convivencia y acogida, para resguardarnos de la lluvia, y nos íbamos juntando con otros cofrades compañeros de día. Esos momentos se nos hacen bonitos, porque no pasa nada, porque los cofrades sabemos perfectamente que nuestras imágenes no solo están ahí el día de nuestra estación de penitencia, sino todo el año. Comprendemos perfectamente que no salir a la calle no significa que no haya Semana Santa. Y la Semana Santa de Granada se alegró de que nuestros hermanos del Jueves Santo, el día más puñetero en cuestiones climatológicas, fueran de los pocos que pudieran hacer estación de penitencia. Conforme se iban confirmando las salidas, hubo un maravilloso cruce de mensajes de WhatsApp: «Si salimos, es por vosotros»; «Hoy estaréis en mi estación de penitencia». Qué bonito es sentir que da igual el color de nuestro capillo, porque todos vamos en el mismo cortejo cuando la presencia de una puñetera nube nos ha impedido poder poner en la calle ese estreno tan esperado e ilusionante en nuestro día. Las decisiones de las juntas de gobierno son soberanas, y hay que respetarlas. Es muy difícil ponerse a decidir si se sale o no. Es muy complicado hacerte la carrera de meteorología en media hora y decidir si la nube que te están diciendo desde el Aeropuerto o desde Sierra Nevada —porque en todas las hermandades siempre hay alguien que tiene un primo, una amiga, o la vecina de la mujer de mi *cuñao*, que maneja los últimos datos de la NASA—;

esa nube va a descargar justo en la Carrera de la Virgen o diez centímetros más allá, media hora después de que nuestra hermandad pase por ahí. Por eso hay que respetar la valentía del Cautivo, al que todos, con las ganas de Domingo de Ramos que teníamos, arropamos en su camino titubeante hasta alcanzar el Sagrario; pero también la de esas hermandades que deciden no salir. La Semana Santa somos las personas que la conformamos y siempre nos apoyaremos, reiremos y lloraremos juntos, porque la Semana Santa somos todos.

Os quiero hacer una pregunta…, o varias: ¿quién es la primera persona a la que buscáis para abrazar cuando finaliza la estación de penitencia?; ¿o cuando no salimos porque llueve? ¿Cómo es ese abrazo del hermano mayor cuando te impone la medalla de tu nueva hermandad? ¿Qué sientes cuando te ofrecen un cargo en la junta de gobierno? ¿Has notado ese calor en las frías noches de montaje, cuando el cansancio te hace mover el estandarte de sitio sin saber realmente lo que estás haciendo? Ya no das para más…, pero ahí encuentras ese abrazo cálido, reconfortante, lleno de empatía… Esos abrazos de Domingo de Ramos al llegar al palco un año más y, como si hiciera siglos que no nos vemos, nos reencontramos, nos abrazamos y sabemos que todo vuelve a empezar.

Sí, la Semana Santa somos las personas que la hacemos día a día. No perdamos los abrazos, el diálogo, recuperemos las interminables noches de tertulias en casas de hermandad. Digamos a boca llena que somos hermanos, que así vivimos y que nuestra Semana Santa acoge, reúne y abraza; comparte y vive.

CAMPO DEL PRÍNCIPE

El Sol de abril aún es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes el ansia de su seno,
porque Jesús padece.
No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano y el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aún Jesús padece.
Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!
[…]
Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

Gabriela Mistral

Granada en Semana Santa son muchas cosas, somos muchas cosas, pero, en realidad, solo somos una. El Campo del Príncipe el Viernes Santo. Los narradores del acto principal de nuestra Semana Santa solemos decir que nadie convoca a la cita de la gran plaza realejeña. Es mentira…, claro que estamos convocados. Todos

sabemos el día, todos sabemos la hora, Él nos ha convocado. Porque llevamos días compartiendo con Jesús cada uno de los momentos de su Pasión, hemos entrado con Él en Jerusalén y cenado con sus discípulos; lo hemos acompañado en su oración postrera en el huerto; lo hemos visto cautivo y sentenciado; porque se han sorteado sus vestiduras y lo han azotado, ha empezado su Vía Crucis, se ha caído hasta tres veces, lo han crucificado, ha expirado y le han clavado la lanza y la maltratada Casa de los Mascarones lo vio muerto. Pero no ha sido hasta que Él nos ha llamado y hemos ido en peregrinación hasta el Campo del Príncipe que no hemos escuchado «Elí, Elí, ¿lama sabactani?». Porque Jesús no muere en Jerusalén, sino en el Realejo; porque Jesús no expira en el Gólgota, sino en el Campo del Príncipe. Porque son las tres de la tarde y se ha hecho el silencio…

Cristo de los Favores, he llegado desde el Zaidín, desde el Boquerón o desde La Chana…, te pido por mi familia. Cristo de los Favores, he bajado de San Cristóbal, del Mauror, de la Lancha…, te pido por mis amigos. Cristo de los Favores, he recorrido Arabial, Joaquina Eguaras o García Lorca…, te pido por Granada. Cristo de los Favores, los vecinos del Realejo cada día se asoman a verte y te piden los tres favores que de niños nos enseñan a solicitarte, pero el Viernes Santo todos somos del Realejo, a todos se nos encoge el corazón cuando ni el canto de los pájaros suena en la gran plaza, cuando hasta el cielo se oscurece, en esa hora nona que nos hace reflexionar en cada una de las veces que no hemos sido consecuentes con lo que creemos y proclamamos. Por eso, guardamos silencio y oramos. Cristo de los Favores, en tus manos encomiendo mi espíritu.

SILENCIO

Y se hace el Silencio. La luna se ha colgado del cielo para ser el único faro que ilumine una Granada cubierta de sombras. Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera. José de Mora nos regaló su mejor obra, la imagen del hombre derrotado, muerto, abandonado. Que te revuelve por dentro. Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera. Y el Crucificado avanzará solemne, desgarrando la penumbra con su presencia majestuosa, mientras los corazones latirán acompasados al ritmo de los pies que acarician la piedra centenaria.

Las calles se estrecharán al paso de los penitentes, cuyas túnicas oscuras se funden con la noche misma. ¡Shh, shh…! No hay más sonido que el crujir de la madera y el susurro de las oraciones que se pierden en el viento. La mirada de Cristo, serena y doliente se refleja en el alma de los fieles, quienes, en un instante de recogimiento, sienten que el tiempo se detiene. La ciudad se ha preparado para la más sobrecogedora de sus procesiones.

La cera de los cirios gotea lenta. Granada, en ese instante, es solo fe y recogimiento, un suspiro contenido en la inmensidad de la noche. Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera. Cien años esperando a las puertas del templo a que el tambor ronco nos anuncie que ya estás aquí. Y te seguiremos, como en esas primeras madrugadas juveniles que nos llevaban a subir hasta San Nicolás, cuando las madres tomasas te esperaban con lamparitas de vela en sus celosías. Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera. Para que tu cara de hombre nos diga que tu sufrimiento no fue en vano. Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera, y nadie sabrá quiénes somos los que no te dejaremos solo en la

madrugada fría. Contigo traspasaremos el umbral de la noche y, con las primeras luces que se asomen desde Sierra Nevada, nos iremos silentes a casa, esperando un nuevo Jueves Santo, para apostarnos en el pretil del Darro y verte reflejado en las fachadas, en los ojos, en los corazones, para volver a decirte: Santísimo Cristo de la Misericordia, Granada te espera. Porque Granada no tiene madrugá. Tú eres su madrugá.

LA ESPERANZA

Spes est fortitudo nostra, la Esperanza es nuestra fuerza. Ese es el lema de mi hermandad. Ella es mi fuerza, Ella es mi esperanza. Ella en Granada solo tiene un nombre, Angustias, bajo el que nos acogemos con la sincera creencia de que Ella ampara, escucha, serena, anima, templa… Y, en mi casa, esa angustia se transforma en Esperanza de vida. Y qué bonito es ser de la Esperanza, y que estando lejos de tu tierra te encuentres un ensayo de costaleros y sea… de la coronación de la Esperanza de Mallorca.

Yo he visto a Risueño, como a un padre que espera en la ventana a que su hija regrese de una salida especial. Preocupado por si tarda, intranquilo por si le ocurre algo… Sí, yo he visto a Risueño sonreír cuando Ella aparece por el fondo de Plaza Nueva. Y Risueño hace honor a su apellido y sonríe, tranquilo, porque Ella ya está en casa. Y es en ese momento en el que de su corazón salen las palabras que iba diciendo mientras la hacía…: bendita seas, María, cuida de nosotros, ayúdanos a satisfacer tus necesidades, nuestras necesidades. Que tu hermandad seamos las escaleras para bajar a tu Hijo, todavía en pie, arrastrando su cruz; que nuestras capas blancas sean la sábana para tapar su cuerpo cuando, desnudo, sea bajado de la cruz. Que nuestros corazones sean el sepulcro para enterrarlo, para guardarlo con la Esperanza de que la vida triunfa sobre la muerte. Y será entonces cuando pronunciaré Esperanza. Porque Tú no me prometes certezas, pero me das fuerzas para caminar hacia ellas; pronunciaré Esperanza, porque eres mi faro en mitad de mis noches sin estrellas; pronunciaré Esperanza, porque callarte es renunciar y no renuncio a Ti. No renuncio al poder de un abrazo que rompe cadenas invisibles, ni al milagro que ocurre cuando creo, aunque sea un poco, aunque sea un instante.

Y cuando ese instante llega, gritaré Esperanza, porque, llevada de tu mano, me has enseñado que la fuerza de la amistad, de la familia, del encuentro es la que da vida. Que bajo tu mirada triste siempre hay un atisbo de alegría. Porque bajo tu amparo he aprendido que el dolor de la pérdida no es eterno. Porque Tú nos protegiste esa mañana de diciembre cuando no sé qué guerras nos llevaron a mis catorce compañeros de TG7 a no saber qué iba a ser de nosotros. Yo pronuncié Esperanza, y tu manto verde se abrió para cobijarnos, y hubo informativo, y hubo deportes, y hay entrevistas, y hay debates…Y hoy estáis aquí. Sí, pronunciaré Esperanza porque creo en Ti y porque me dices cada día que el Gran Poder de tu Hijo es el Amor. ¡Que suene *Campanilleros*! Y volveré a acunar a Esperanza y Miguel Ángel mientras tarareo, mientras les digo que la vida sin Esperanza no es; que la Esperanza es nuestra fuerza y en que nombre de Ella procuren siempre ser buenas personas, que la derramen allá por donde vayan. En este año de la Esperanza, Esperanza, Reina y Madre, ¡lleva de la mano a quienes no tienen Esperanza!

TODO ACABA. TODO EMPIEZA

Ya todo está preparado. Nos esperan mañanas azules, tardes de rojo y noches intensas; cirios que chorrean y niños que descubren su primer Domingo de Ramos. Jóvenes que estrenarán su amor en pareja cogidos de la mano mientras suena esa marcha que, para siempre, será su marcha. Ya viene la banda tocando en ordinaria. Ya cogemos sitio, que no queremos perdernos ni una gota de cera. Ya entramos en la sacristía, ya buscamos nuestra sección. Ya saludamos a nuestros vecinos de palco. Ya huele a roscos fritos, ya están las túnicas planchadas. Ya preparamos la ropa de cada día; ya limpiamos los zapatos más cómodos. Procesión y ciudad nos volveremos a unir en el rito eterno.

Algunos dicen que la palabra muere al ser dicha. Yo tomo prestadas las palabras de Emily Dickinson y digo que empieza a vivir ese día. Por eso, mi palabra ya va a ir muriendo. Pero, antes, quiero que volvamos al principio. Porque después de ocho días de vida en la calle, serán de nuevo los niños y las niñas quienes caminen llenos de energía y de gozo, sabiendo —incluso si no lo expresan— que este es el día de la gran alegría. Cristo Resucitado avanzará majestuoso, y los niños saltarán, corriendo, riendo, porque para ellos la resurrección es la promesa de un nuevo amanecer, de juegos bajo el cielo limpio de Granada. Con cada paso, son el testimonio vivo de que la fe no solo es algo que se mira desde la distancia, sino algo que se vive, que se respira. Los niños lo saben bien. Así, entre la Borriquilla y los Resucitados, la Semana Santa de Granada encuentra en los niños su razón más pura, su latido más sincero. Sus pequeñas manos alzadas, sus sonrisas luminosas y sus pasos alegres llenan de vida cada rincón de la ciudad, como flores que se abren al calor de la fe que nunca muere. Son ellos, los niños, los que guardan en

sus corazones el eco de cada marcha, el aroma de cada incienso y la promesa de que la Semana Santa seguirá viva en Granada, siempre. Nos iremos con Alonso Cano, que entonará el *Aleluya* recordando a Leonard Cohen, y querremos coger de la mano a la Virgen de la Alegría para salir al encuentro de quien vive; y fray Luis, fray Luis ahora mira de frente, que ya suenan las campanas, que ya los niños lo han despertado, que ya sabe que no quiere perderse nada de lo que pasa a su alrededor, y quiere ser un facundillo más, y empujar para meterse debajo del Niño Dios Resucitado; y de nuevo Marianita disfrutará con la gracia de un palio zaidinero y nos hará prometerle que volveremos el año que viene. Sí…, volveremos. Volveremos a las calles, volveremos a besarnos, volveremos a reír, volveremos a llorar, volveremos a abrazarnos, volveremos a vivir.

He dicho.

Este pregón se empezó a escribir el 7 de octubre de 2024,

festividad de Nuestra Señora del Rosario.

REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE GRANADA